

HARO TEGLEN

LA O.T.A.N., COMO QUISTE

Las instituciones creadas para instrumentar una política suelen especializarse en sus propios fines y vivir por su cuenta: es uno de los males de la organización general del mundo de Occidente —quizá también del otro—, que representa, a una escala elevada, algo parecido a lo que a escala individual se llama deformación profesional. La C.I.A., montada como una agencia del gobierno de los Estados Unidos para la intervención en el exterior, ha llegado a ser un «gobierno invisible», según el título de un libro célebre, actuante por su propia cuenta. Es el ejemplo al que se suele acudir con más frecuencia. A la O.T.A.N. le está pasando lo mismo. Fundada sobre un equívoco nombre geográfico —no hay relación entre el Atlántico Norte y países como Grecia, Italia o Turquía, que pertenecen a la Organización—, instrumentaba en realidad la defensa del continente europeo no comunista frente a una posible amenaza de la Unión Soviética. Debía ser, y lo es, una alianza militar. Bajo un Consejo del Atlántico Norte y una Secretaría General, la autoridad militar suprema corresponde a un Comité de jefes de Estado Mayor y unos organismos especiales, como el Colegio de Defensa o la Oficina de Equiparación de Armas. Este «escudo de la O.T.A.N.» debía cubrir un territorio de veintidós millones de kilómetros cuadrados, formar una alianza entre cuatrocientos sesenta y seis millones de seres humanos. Esto cuajaba hace veinte años: Truman estaba en el cenit de su presidencia, Europa estaba contraída por el bloqueo de Berlín y en Asia se fundaba la República Popular China. La O.T.A.N. cristalizó, por consiguiente, en torno a unas doctrinas de «guerra fría». Se institucionalizó, se hizo función permanente y se dotó a sí misma de una doctrina y una personalidad. Los funcionarios de la O.T.A.N., civiles o militares, se han ido haciendo en estos veinte años «hombres de la O.T.A.N.»: los que se han ido incorporando a su servicio han ido tomando ese peligroso aire doctrinal militar de entonces y se han conservado en él. Este es el peligro de los organismos institucionalizados, esta es su forma de cáncer: el autoconservadurismo. Su impermeabilidad. Nacidos para funcionar en cierto ambiente, en cierto medio, no tienen razón de ser si ese ambiente y ese medio desaparecen; emplearán entonces toda su fuerza en que el ambiente y el medio se conserven, aunque ello sea perjudicial para el todo que las ha segregado y producido como simple

parte. En medicina hay una estructura semejante: el fenómeno de las alergias. La fabricación de anticuerpos para luchar contra determinadas invasiones exteriores llega a ser excesiva, de forma que los anticuerpos son nocivos para el organismo que los ha producido como defensa.

La sesión plenaria de la O.T.A.N. que se celebra en Bruselas en estos días está dando ya estos resultados. Se escuchan discursos de guerra fría. El viejo superviviente Paul Henri Spaak, socialista sectario del antifascismo y del anticomunismo, denuncia como «trampa» la repetida propuesta de los países del Pacto de Varsovia. Su actual sucesor en la Secretaría General de la Organización, el italiano Manlio Brosio, le glosa para señalar que una conferencia de seguridad supondría un «posible relajamiento del esfuerzo occidental», que abriría una serie de esperanzas y que estas esperanzas terminarían con una decepción, puesto que la conferencia fracasaría. Y, si no fracasase, podría suponer la creación de un nuevo sistema de seguridad europea, lo que produciría la disolución de la política de bloques, que a su vez traería «el quebrantamiento de la alianza occidental». Más explícito que Brosio, el general Goodpaster, jefe supremo de las fuerzas armadas de la O.T.A.N., ha explicado que la Unión Soviética y las fuerzas del Pacto de Varsovia conservan la iniciativa militar en el continente europeo y la forma —el estilo, la técnica— de la ocupación de Checoslovaquia son una excelente muestra de su superioridad sobre las de la O.T.A.N.; que mientras la U.R.S.S. gasta cuatro dólares en armas defensivas estratégicas los Estados Unidos sólo gastan uno, y que en las armas de ataque, la proporción es favorable a la U.R.S.S. por la relación de tres dólares contra dos dólares. «La amenaza no ha perdido nada de su realidad y permanece tal como era hace veinte años, cuando se firmó el Pacto». La doctrina del conservadurismo de la O.T.A.N. no está aquí encubierta por nada. Significa que el organismo quiere vivir por sí mismo y para sí mismo y que, por lo tanto, cierra los ojos ante el curso de la historia y las tremendas modificaciones sufridas por los bloques en este tiempo. La O.T.A.N. parece dispuesta a crear una tensión en Europa, si esa tensión no existe, y a sostener la política de bloques, cuyas consecuencias han sido catastróficas para el mundo, sin más excepción que las instituciones o los países que se han aprovechado de ella, como Alemania Federal, que ha

HENRI
SPAACK



MANLIO
BROSIO



Postcolonialismo

SOMALIA: PRESIDENTE ASESINADO

El doctor Shermarke —doctor en ciencias políticas—, presidente de la República de Somalia, acaba de ser asesinado a tiros: es un episodio trágico en la historia de una nación trágica, mal colonizada y mal descolonizada, sumida en la miseria y en el desprecio de un nacionalismo burlado. Los somalís forman un grupo étnico unido, de religión musulmana. Fueron divididos por la colonización en tres partes principales —británica, francesa, italiana— y la independencia de 1960 se resolvió uniendo el territorio británico

más activos acusan a los políticos contemporizadores de estar vendidos a los intereses extranjeros. Mohammed Hussein presidió la Liga de la Gran Somalia y se enfrentó con Abdullah Issa, primer ministro y luego presidente de la República: Abdullah Issa acusó a la Liga de «mañas electorales, tribalismo y corrupción administrativa»: la Liga fue disuelta y Hussein encarcelado. Issa fue presidente hasta 1967. El presidente Shermarke, miembro de la Liga de la Juventud Somalí —partido gubernamen-

basado su «milagro» y resurrección militar y económica en su condición de escudo de Occidente, o algunos países del tercer mundo que, basados en la política moral de «neutralismo positivo», la han derivado más tarde hacia una especie de chantaje del equilibrio.

Pero esta política belicista de la O.T.A.N. tiene objetivos más lejanos, más calculados. Entra en una decisión general del Pentágono de retraer sus gastos militares para confiarlos a otros. Es la política de la «vietnamización» —la idea de que el gobierno de Salgón debe defenderse solo cuando se vayan los soldados americanos—, la política que ha tratado de crear una fuerza permanente de seguridad en Hispanoamérica para evitar en el futuro intervenciones tan directas, tan visibles y tan antipopulares como las de los paracaidistas en Santo Domingo. La «europeización» de la O.T.A.N. forma parte de esta política general. Se trata de que sean los países europeos los que sufraguen los grandes gastos de la defensa en un momento en que los Estados Unidos inicien un repliegue económico de sus tropas —se dice estos días que el Ejército de los Estados Unidos puede reducirse en unos quinientos mil hombres— aun en detrimento de sus conveniencias. Por eso se trata de sostener presente la amenaza. La defección de Francia, que abandonó prácticamente la O.T.A.N., puede ser seguida por la de Canadá; Inglaterra, que es atlantista en tanto que está incluida en la política exterior de los Estados Unidos, quisiera también retirar parte de sus tropas, angustiada como lo está por la situación del Ulster. Otros países consideran que el atlantismo es una fuerza antigua, que la alianza debe plantearse sobre bases nuevas y que la coexistencia entre el Este y el Oeste es algo tan a punto que sólo bastaría un esfuerzo para recoger sus beneficios. A partir de los años de su fundación, la O.T.A.N. fue realmente un instrumento militar de los Estados Unidos, con dirección norteamericana, con armas y dinero norteamericanos. Servía directamente los intereses de los Estados Unidos. Una «desamericanización» de la O.T.A.N. sería un elemento positivo para el continente europeo, siempre a condición de que este continente —o semicontinente— pudiera hacer realmente su política. Pero la desconfianza mutua es profunda. La sospecha levantada por De Gaulle está en pie: los Estados Unidos pueden realizar, y están realizando, una política propia de coexistencia con la U.R.S.S., de nación a nación, al mismo tiempo que bloquean todas las posibilidades de esa política de coexistencia en cuanto puede convertirse en múltiple, la bloquean en la O.N.U., en la conferencia de desarme de Ginebra y en la posibilidad de una conferencia de seguridad europea que rompiese la política de bloques. La forma en que los Estados Unidos se quieren desprender del Vietnam para cargárselo al gobierno de Saigón no sólo ha puesto los pelos de punta a los políticos aliados de Estados Unidos en Asia, sino que a los europeos les ha servido de ilustración a la realidad expuesta por De Gaulle: si los Estados Unidos tuviesen que comprometerse en una guerra por defender a un país europeo, no lo harían. Por su parte, los Estados Unidos temen que la desaparición de hostilidad entre los bloques produjese una «carrera hacia el Este» como la que ya se está iniciando, una carrera de apertura de mercados que se haría en detrimento suyo. Desearía llevarse sus tropas de Europa y sus armas convencionales, pero a condición de que los países de la O.T.A.N. reforzaran sus ejércitos y su industria de armamentos.

Lo que está pasando en la Asamblea Parlamentaria de la O.T.A.N. es una resultante de estas tendencias que trata de cuajarse en el inmovilismo: en la idea, explícitamente expuesta por Goodpaster, de que todo sigue igual que hace veinte años. Este tipo de ideas no puede progresar en el mundo. Sucederá, sin duda, que la O.T.A.N., ya esclerotizada, se quedará convertida en una especie de quiste, aislada, tratando de sostener su vida propia, sus puestos elevados y sus pingües salarios. Pero podría suceder lo contrario: que la O.T.A.N. consiguiera imponer sus estructuras guerreras a una sociedad que no quiere serlo, que se expresa hoy de esa forma. Es poco probable.



UNA NACION MAL COLONIZADA Y MAL DESCOLONIZADA

con el italiano, pero aún queda un territorio de dominación francesa en torno al puerto de Djibuti —donde los incidentes menudean— y reclamaciones territoriales sobre Etiopía y Kenia, donde viven fuertes núcleos somalís en los territorios fronterizos disputados. La Gran Somalia incluiría estas zonas irredentas. La lucha por la Gran Somalia forma el gran telón de fondo político de este país de nómadas, pastores y pobres agricultores. Los militantes

tal— pretendía sostener un neutralismo entre el Este y el Oeste, propugnaba la unión entre todas las naciones islámicas y sostenía que la Gran Somalia debía conseguirse por medios pacíficos. Los extremistas le acusaban de lenidad. Había sido amenazado varias veces y vivía continuamente protegido. La protección ha sido inútil. Un desconocido, con uniforme de policía, le mató a tiros el 15 de octubre.

Una "idiotéz de nuestro tiempo"

AVES Y PAJAROS PARA LA GUERRA

El descubrimiento de que el Pentágono dedica cada año 600.000 dólares —42 millones de pesetas— al adiestramiento de aves y pájaros para la guerra ha causado numerosas protestas en los Estados Unidos. El dinero se entrega a la Universidad de Mississippi, departamento de psicología, donde los expertos deben

intentar determinar si aves y pájaros son capaces de detectar minas y misiles, destruir operaciones del enemigo y, en fin, «reemplazar seres humanos en actividades consideradas peligrosas, difíciles, caras o molestas». Los caricaturistas han hecho presa en el programa. La indignación procede de dos sectores: